ANTICIPACIONES DIECIOCHESCAS DEL COSTUMBRISMO ROMÁNTICO

Si se presta atención a la que es la principal antología de textos dieciochescos -la compilación de Evaristo Correa Calderón - a pesar de estar condicionada por sus fechas de elaboración (se trata de un libro de 1950), nos encontramos frente a una nutrida serie de textos que van desde Gómez Arias y Diego de Torres Villarroel, autores de la primera parte del siglo, hasta Juan Antonio Zamácola, mejor conocido por el pseudónimo de Don Preciso, con un texto de 1795, y que comprende nombres de mayor fama y consideración crítica, como Clavijo y Fajardo, Cadalso y Jove-llanos, aparte de textos breves extraídos de periódicos de la época como el *Censor,* el *Diario de Madrid,* el *Diario de las Musas,* el *Seminario de Salamanca*[1].

En una lectura crítica atenta, la colección antológica de Correa Calderón parece hoy demasiado abundante, sobre todo porque desde los años cincuenta a nuestros días el camino de la crítica entorno al concepto de costumbrismo y a la definición de sus más característicos exponentes ha sido particularmente rápido y significativamente profundo. Por lo que respecta a la producción de la primera parte del siglo, resulta clara la línea de continuidad de textos considerados *costumbristas* con algunos momentos y aspectos de la narrativa del siglo XVII en los cuales la representación de tipos y ambientes tenían una finalidad bien precisa de *enmienda de las costumbres,* es decir, instrumentos para una operación de didactismo moral que incluso podía tener un sentido abiertamente edificante. Se pretende atacar y condenar sobre todo la novedad, la moda introducida en la sociedad española de usanzas y formas de vida consideradas dañinas y degradadoras de un sano comportamiento tradicional estrechamente ligado a la moral católica y a una severidad considerada patrimonio nacional.

Los temas más frecuentemente afrontados son: el cortejo, el petimetre, la ociosidad de la clase aristocrática, el lujo aparatoso, la hipocresía, los peluqueros entremetidos, los matrimonios sin amor concertados por interés.

Sólo poco después de la mitad del siglo se puede notar algo distinto, la formación de una mentalidad más abierta, alimentada por la ideología ilustrada que se asoma a España y que asume un carácter más propiamente laico.

Me refiero sobre todo al *Pensador* de José Clavijo y Fajardo, una publicación periódica, que teniendo como modelo el *Spectator* de Addison entre 1762 y 1767 inaugura en España un nuevo modo de escritura, inicia una relación distinta con el lector.

[1] Evaristo Correa Calderón, *Costumbristas españoles,* Madrid, Aguilar, 1950, I, pp. 351-625.

Pretende que éste reflexione después de la lectura, que la lectura no sea sólo diversión sino tarea: se proponen por lo tanto temas y problemas entorno a los cuales se puedan abrir discusiones. El periódico debe conducir al diálogo; a través del cual se intenta formar una opinión pública. Se quiere modificar el concepto mismo de moral, no ligada a valores metafísicos y absolutos, sino como proyecciones de la conciencia interior del hombre que debe referirse a sí mismo y a lo que tiene a su alrededor. De aquí se consolidarán las virtudes individuales pero también las sociales, con el humanitarismo y el utilitarismo como ideas conductoras.

En el *Pensador* no nos encontramos tanto morosas descripciones de ambientes particulares cuanto la continua atención prestada a la realidad, a lo que nos rodea. Lo que, por lo tanto, diferencia a Clavijo y Fajardo de la literatura periodística que lo precede, es la voluntad de establecer un diálogo abierto con el lector, deteniéndose a observar con él "lo que pasa entre nosotros", lema que José Escobar ha escogido felizmente como título de un ensayo suyo sobre la modernidad de una literatura 'que da inicio a la actitud costumbrista[2].

Parecido, aunque menos incisivo, es el comportamiento de Beatriz Cienfuegos, que en *La pensadora gaditana* (1768) reivindica el derecho de la mujer a actuar como los hombres y por lo tanto de "dar leyes, corregir abusos, reprehender ridiculeces", puesto que una mujer está "tan contenta en el tocador, como en el escritorio" e "igualmente se pone una cinta que ojea un libro". También la pensadora gaditana tiene por finalidad "formar hombres amantes de todo lo que conduce a una racional e inocente sociedad", partiendo de la observación de la realidad que tiene en su entorno.

Lo mismo ocurre en otros periódicos que siguen las huellas del *Pensador,* desde *El Censor,* al *Diario de Madrid* o al *Diario de las Musas,* donde aparecen iniciales motivos de descripciones costumbristas que señaló ya Montgomery[3] y que todavía no cuajan en un específico discurso narrativo.

A la formación de una opinión pública aspira ciertamente también Cadalso en las *Cartas marruecas,* un texto en el que el perspectivismo es el instrumento a través del cual se llega a formular frecuentemente una "crítica de las costumbres", así como la estructura epistolar y dialógica había sido el medio utilizado por Clavijo para alcanzar la misma finalidad.

[2] José Escobar, "Literatura de *lo que pasa entre nosotros.* La modernidad del costumbrismo", *en Homenaje a María Josefa Canellada,* Madrid, Editorial Complutense, 1994, pp. 195-206.

[3] Clifford Marvin Montgomery, *Early Costumbrista Writers in Spain, 1750-1830,* University of Philadelphia, 1931..

Cadalso nos ofrece un retrato moral de una sociedad culpable de aceptar acríticamente la novedad, de adaptarse a las modas, de olvidar valores éticos fundamentales. No me parece que haya en él una valoración nostálgica de la tradición, como algunos han creído. Se protesta más bien contra la traición de algunos valores eternos, pero la suya es una visión moderna e innovadora de los problemas. La ironía que sostiene constantemente sus puntas críticas parte de la rápida observación de lo real, sumarias descripciones del ambiente.

De la observación crítica de la realidad parte también Tomás de Iriarte en sus comedias y el mismo Moratín. En todo caso, no pienso que se pueda hablar para todos estos autores de un interés especial por las costumbres elevadas a protagonistas del discurso literario. Pero hay otro autor que nos parece más cercano a una manera de observar y presentar las costumbres en forma autónoma, cerrada en sí misma: me refiero a Ramón de la Cruz, dramaturgo interpretado de modos diferentes: cercano al reformismo ilustrado, como observaba Caldera en un ensayo de 1978[4], pero con muchas adhesiones a las formas y a la ideología tradicionalista como muchos otros han sostenido, incluso el autor de una reciente antología de sus saínetes, Francisco Lafarga[5]. Es cierto, como además me parece que sostiene la estudiosa francesa Mireille Coulon, autora de un ponderado estudio crítico sobre el sainete en la época de Ramón de la Cruz (1993)[6], que el sainetero madrileño fue el representante de esa clase media que preparaba la naciente burguesía destinada a un papel de primer plano en el siglo XIX pero que conservaba muchas de sus antiguas raíces culturales.

Lo que es cierto es que Ramón de la Cruz en sus saínetes nos da una serie innumerable de cuadros de ambiente autosuficientes, representa eficazmente grupos sociales que constituían lo que empezaba a llamarse la *vida civil* pero en los cuales está presente la celebración de ciertas antiguas virtudes perdidas: en esto se puede entrever uno de los principales aspectos que caracterizarán la inspiración del costumbrismo romántico. No nos olvidemos de lo que escribió en el *Prólogo* a la edición de sus obras en 1786: "cuantos han visto mis sainetes, reducidos al corto espacio de 25 minutos de representación... digan si son o no copias de lo que sus ojos ven o oyen sus oídos, si los planes están o no arreglados al terreno que pisan y si los cuadros no representan la historia de nuestro siglo".

Tampoco debemos olvidar lo que sucedía en aquellos años en otros campos de la cultura; por ejemplo, en el diseño y en la pintura. Recordemos que un hermano de Ramón de la Cruz, Juan, publicaba en 1777 el volumen *Colección de trajes de España* (que era

[4] Ermanno Caldera, "Il riformismo illuminato nei *sainetes* di Ramón de la Cruz", en *Letterature,* I (1978), pp. 31-50.

[5] Francisco Lafarga, ed. de Ramón de la Cruz, *Sainetes,* Madrid, Cátedra, 1990.

[6] Mireille COULON, *Le sainete à Madrid à l' époque de Don Ramón de la Cruz,* Université de Pau, 1993.

más exactamente una *Colección de tipos),* que retrata tipos y costumbres de diversas regiones de España y que ofrecían una visión distinta respecto a la tradición galante, que tenía de fondo un escenario natural idealizado y que había dominado hasta entonces. Ahora se afirma la observación directa y la representación realista global de tipos populares. Pasando a la pintura, Luis Paret y Alcázar representaba escenas de ambiente cantábrico que se conservan en el Prado. Los hermanos Bayeu se acercan al gusto popular (recuerdo, de Francisco, el cuadro de los *Majos bailando)* y luego está Goya con sus cartones para tapices con sus escenas de género *El paseo de Andalucía, El ciego de la guitarra, Riña en la venta nueva, El quitasol, La maja y los embozados, La Vendimia* y el cuadro-bosquejo de *La pradera de S. Isidro.* Se presta, por lo tanto, particular atención al ambiente social, no ya sólo aristocrático: es más, al ambiente prevalentemente popular o incluso plebeyo.

' Lo mismo sucede en el campo musical. Juan Antonio de Iza Zamácola, cultor de la guitarra e investigador en el ámbito del folklore musical (es suya la vasta e importante *Colección de las mejores coplas de seguidillas, tiranas y polos que se han compuesto para cantar con la guitarra,* 1788, con otras cinco ediciones entre 1800 y 1816) polemiza contra la escuela italiana y contra la francesa. Es además despiadado al condenar, en el terreno del baile, la moda invasora de la *contradanza* [7] Gran importancia asume en los teatros la *tonadilla,* que privilegia los aspectos de la vida popular y de las costumbres locales de las tonadillas: fue sobre todo compositor y ejecutor el gran tenor Manuel García. Pero en este final de siglo emerge sobre todo la figura de Luigi Boccherini, que, de inicial formación italiana, evolucionó asimilando sobre todo la gran lección instrumental de Haydn y, en fin, no desdeñó introducir en sus refinadas composiciones melodías populares españolas, religiosas y profanas, así como introdujo la guitarra en muchos de sus quintetos y en un concierto y que insertó en sus composiciones instrumentales ritmos de danzas populares como el *fandango* y la *seguidilla.* Compuso además un *Ballet español* y una zarzuela, *La Clementina,* a partir de un libreto de Ramón de la Cruz.

Me he detenido en este breve excurso, que ha salido del campo estrictamente literario, sobre la pintura y la música para poner de relieve un fenómeno común a la cultura del tiempo: el inicio del estudio del hombre no en abstracto, sino del hombre entre los hombres, del hombre y de la sociedad. En otros términos, como ha precisado Escobar y también Álvarez Barrientos[8], se trata de la introducción de un concepto diferente de mi-

[7] Juan Antonio Iza Zamácola (Don Preciso), *Elementos de la ciencia contradanzaria para que los currutacas, pirracas y madamitas de nuevo cuño puedan aprender por principios a baylar las contradanzas por sí solos o con las sillas de su casa,* Madrid, Viuda de García, 1796.

[8] José Escobar, "La mimesis costumbrista", en *Romance Quarterly,* 35 (1988), pp. 261-270. Joaquín Álvarez Barrientos, "Del pasado al presente. Sobre el cambio del concepto de imitación en el siglo XVIII", en *Nueva Revista de Filología Hispánica,* XXXVIII (1990), pp. 219-245.

mesis: no la imitación de la naturaleza racionalísticamente entendida, cerrada y perfecta, sino de la naturaleza como se nos presenta en la alterabilidad de la realidad cotidiana. La literatura entre los siglos dieciocho y diecinueve se dirige a retratar la naciente sociedad burguesa y sus modos de vida que rompen los esquemas tradicionales.

Un texto interesante es la novela de Fernando Gutiérrez Vegas *Los enredos de un lugar* (1778-1781), estudiada por Álvarez Barrientos [9], por la caracterización de algunos personajes lugareños, es decir, por la descripción de un ambiente provincial, y particularmente significativa es la actitud de Juan Cristóbal Romera y Tapia, que en su *El escritor sin título* nos ofrece uno de sus discursos, en concreto el octavo, que nos da el cuadro del interior de una casa mal gobernada por una petimetra, pero todavía más el de Desidero Cerdonio, que en *El ropavejero literario,* de 1796, nos describe de modo pintoresco la feria de Madrid en la frecuentadísima plazuela de la Cebada, no una feria comercial en el sentido propio como las ferias de otras ciudades, sino una feria "de cachivaches" que, sin embargo, para el autor "merece la atención del filósofo que medita y observa sobre todo".

Se caricaturizan las vanidades de siempre: la falsa cultura de los petimetres, de los eruditos a la violeta, los tristes ejemplos de avaricia, mala fe, fraude, las exhibiciones fatuas de majos y pisaverdes, pero también el autor se detiene con seriedad en los espectáculos de pobreza que entristecen o en ejemplos de caridad que provocan fuertes placeres interiores como el que sugiere el "emplearse en beneficio de la humanidad de las almas victoriosas y sensibles".

También recuerdo un libro de algunos años antes (1793), *El tiempo de ferias o Jacinto en Madrid,* anónimo, interesante como breve *novela,* aparte de los, por otra parte, habituales apuntes satíricos sobre los vicios de la Corte, los petimetres y las pinceladas de ambiente, que, sin embargo, nunca se desarrollan por su cuenta autónomamente. Esta obra fue dada por perdida por Brown y por Ferreras y también por una estudiosa madrileña que ha hecho su tesis doctoral sobre el costumbrismo del siglo XVIII, Juana Vázquez Marín, tesis rica en documentación pero débil, en mi opinión, desde el punto de vista crítico. En cambio, señalo que he encontrado el texto en la Biblioteca de Catalunya (Res. 1877, 12).

Tal vez comenzó en estos años de fin de siglo a influir en los españoles una obra que más tarde, al inicio del costumbrismo romántico, inspirará un auténtico programa para la

[9] Joaquín Álvarez Barrientos, "Fernando Gutiérrez de Vegas y su novela *Los enredos de un lugar, 1778-1781",* en *Art and Literature in Spain, 1600-1800. Studies in honor oj Nigel Glendinning,* eds. Charles Davis and Paul Julian Smith, London, Tamesis Books, 1993, pp. 35-54.

constitución del género, como ha indicado Escobar en otro de sus ensayos[10]: me refiero al *Tableau de París,* de Louis Sébastian Mercier, publicado en 1781 y que se difundió en España temprano, como por lo menos parece atestiguar su presencia en el inventario de los libros poseídos por Juan Meléndez Valdés, compilado al año siguiente, 1782 [11].

Tojar, en el "Prólogo" de *La filósofa por amor* (1799), habla del "deber del escritor de pintar costumbres", un corresponsal de *El Regañón general* (1803-1804) se detiene en la presentación de los salones, de las tertulias, de los templos de Madrid donde no se observa respeto y las petimetras se exhiben "con el mismo atavío, con la misma desnudez, con la misma desenvoltura y aun tal vez con más inmodestia que en el paseo"; más aún: Antonio de San Román, en *El alcarreño en Madrid* (de 1803) nos describe ambientes interiores y exteriores de la ciudad, vicios y costumbres degeneradas y pronuncia una severa condena de las corridas; el autor anónimo del *Viaje de un curioso por Madrid* (1807) hace que un lugareño juzgue la ciudad. Este autor está convencido de que es necesario "tratar con toda clase de gente" si se quiere conocer "las costumbres de este pueblo" y por eso se detiene a describir los politiqueros ignorantes y charlatanes, los petimetres y las "muchachas de vida ayrada", los caleseros inoportunos, los ciegos que recitan *coplas chabacanas,* los insulsos y desonhestos curanderos, los tenderos timadores, los abogados picapleitos, los aguadores sucios, los falsos intelectuales que buscan una edición en francés del *Quijote* desdeñando el original de Cervantes, los proyectistas, etc.

Al inicio del nuevo siglo se había creado, pues, un ambiente cultural nuevo que habría podido llevar rápidamente a un cambio profundo de la cultura (pensemos en los contemporáneos fenómenos de la novela que incialmente podríamos definir sensible y después sentimental, en el surgimiento de la comedia patética, en la difusión del melólogo). La guerra de independencia interrumpió, sin embargo, el proceso. Durante la misma y justo después se difundió una libelística política y se dio un cambio del concepto mismo de literatura, que se hace *literatura de combate,* y sólo hacia 1820 podemos observar una recuperación de la literatura en su sentido más estricto, por ejemplo en unos artículos del nuevo *Censor* (1820-1823). Son los años de la restablecida libertad de prensa y si Sebastián Miñano con los *Lamentos de un pobrecito holgazán,* y con *Las cartas de D. Justo Balanza* y algunos otros artículos publicados en *El Censor,* sobre un fondo prevalentemente político y una fuerte tensión anticlerical, denuncia los falsos valores y

[10] José Escobar, "Costumbres de Madrid: influencia de Mercier en un programa costumbrista de 1828", en *Hispanic Review,* 45 (1977), pp. 29-42.

[1] Georges Demerson, *Don Juan Meléndez Valdés et son temps (1754-1817),* Paris, Klincksieck, 1961, p. 72.

sólo roza la representación ambiental[12], hay otros donde predominan intereses más propiamente descriptivos y narrativos. Pero también son los años en que Mesonero Romanos publica a sus diecisiete años un breve libro, *Mis ratos perdidos, o ligero bosquejo de Madrid en 1820-1821,* doce breves cuadros de vida madrileña, que obedecen a un intento claramente indicado por el autor: "mi idea al escribir... no ha sido otra que manifestar el efecto que en mí producen algunas de nuestras costumbres".

Parece que hemos llegado al momento en que de manera concreta nace el género costumbrista y se tiene de ello precisa conciencia: debe ser una narración breve, autónoma, no un episodio accesorio en un contexto más amplio. Podrá tener una finalidad de denuncia y crítica, como por ejemplo en Larra, o un carácter preva-lentemente descriptivo no exento de una evocación del pasado teñida de nostalgia, como sucederá en Mesonero Romanos y otros, con una constante pretensión de objetividad.

Concluyendo, soy de la opinión de que el siglo XVIII ha sentado las bases para la creación del género con la difusión del periodismo, la apertura consecuente a un diálogo con los lectores que favorece el nacimiento de una opinión pública que observa la realidad, un espíritu crítico libre que va formando un concepto diferente de mimesis. Pero no llega al punto de constituir un "género" costumbrista verdaderamente definido, que considero creación del Romanticismo.

Las anticipaciones del siglo XVIII - pienso - fueron recogidas y transformadas por el Romanticismo en algo nuevo y en buena parte original, como además sucedió también en otros campos de la literatura (y no sólo de la literatura) y el Romanticismo puede con todo derecho considerarse el creador del género.

RINALDO FROLDI
Universidad de Bolonia

[12] Claude Morange, "Sebastián de Miñano. De la sátira al panfleto, 1820-1823", en *Trienio,* 20 (1977), pp. 29-42.